



DOCUMENTOS / EXPERIENCIAS / NARRATIVA DOCENTE

Un día en la penitenciaría. Veinte años haciendo Lleca

A day at the penitentiary.
Twenty years doing Lleca

La Lleca Colectiva¹

Lorena Méndez Barrios²

Fabiola Arellano Jiménez³

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.16107376>

Recibido: 29 de enero de 2025 / Aceptado: 25 de marzo de 2025

Resumen:

En La Lleca, cada sesión es un recorrido de burocracia, resistencia y afecto. Desde la gestión penitenciaria hasta la preparación performativa, la presencia en prisión es un acto de infiltración y ternura. A través del juego y la protesta, el arte abre grietas en el sistema, nutriendo resistencias y otros mundos. Este texto polifónico ofrece una breve muestra de lo que sucede cuando La Lleca entra en las cárceles

Palabras claves: La Lleca, performance continua, conexión, acompañamiento, entrañable.

Abstract:

At La Lleca, each session is a journey through bureaucracy, resistance, and affection. From prison management to performance preparation, presence in prison is an act of infiltration and tenderness. Through play and protest, art opens cracks in the system, nurturing resistance and other worlds. This polyphonic text offers a brief sample of what happens when La Lleca enters the prisons.

Keywords: La Lleca, continuous performance, connection, accompany, endearing.

¹ Proyecto artístico de intervención continua, autónomo, abolicionista y transfeminista. www.lalleca.org

² Mexicana. Doctora en Arte y Educación, Universidad de Barcelona. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Contacto: lorena.mendez@uacm.edu.mx. Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4664-355X>.

³ Mexicana. Maestra en Psicología, Residencia en Terapia Familiar-Sistémica. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Contacto: fabiola.iaj@gmail.com. Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4664-355X>



Introducción

Este texto está tejido por varias manos, algunas son de compañeras que recién entraron a La Lleca, otras son de compañeras que ya tenemos varios años. Angélica Medina Zenón, Casandra Noerdlinger, Carolina Ramírez Berrocal, Diana Martín del Campo, Tonantzin Flores Flores, Fabiola Arellano Jiménez y Lorena Méndez Barrios colaboraron con sus sentires y pensares.

Lorena Méndez Barrios nos comparte sobre La Lleca:

Es muchas cosas, como nombre es La Calle invirtiendo el nombre de las sílabas que componen la palabra. Es el nombre que imaginan las, los y les compañeres en prisión cuando nos juntamos a desacatar lo que impone el sistema carcelario de vivir en y desde estos cuerpos. Es una agrupación que desde hace más de 17 años desarrolla propuestas de intervención social, política y performativa desde formas de educación feminista y radicales siempre con la idea de abolir las prisiones. Es una performance continua que vamos realizando semana a semana en diferentes lugares que pueden ser cárceles para mujeres, centros de atención para adolescentes en conflicto con la ley, espacios ocupados, encuentros de personas en lucha contra el capitalismo, etc.

La Lleca es una colectiva que ha estado compuesta por presos, presas, mujeres y hombres jóvenes, bailarinas, psicólogas, feministas, artistas visuales, antropólogos, migrantes, abogados, fotógrafas, anarquistas,, músicos, escritores, activistas, comunicologas, historiadores de las ideas, marxistas, cineastas, etc.” (2021, p. 11).



Las No Rumberas. Intervención artística. La Lleca.
Reclusorio Oriente, Ciudad de México, 2025.
Archivo de La Lleca Colectiva



Las No Rumberas. Intervención artística. La Lleca.
Penitenciaría, Sta. Martha Acatitla, Ciudad de México,
2025.
Archivo de La Lleca Colectiva

I

En La Lleca, cada sesión implica un largo recorrido. Me refiero a los meses de práctica burocrática, negociaciones y lo que he nombrado “gestión penitenciaria”. Esto, posterior a los bocetos e ideas que surgen de sesiones de preparación. También están los años de formación corporal y todo lo que ha marcado en el camino se ha atravesado como la defensa de La Casita Lleca, su desalojo y el fallecimiento de un abogado al que le confiamos nuestro dinero, el cual se perdió después de su partida.

Un día antes de la fecha de ingreso al reclusorio, vuelvo a revisar que mi ropa roja esté limpia. El rojo es el color característico del traje del ciclo de *performances* Las No Rumberas*, esas que bailan cuando ellas quieren y no cuando alguien más las quiere sacar a bailar, situadas desde una postura feminista y una pedagogía basada en la comunicación no violenta. La playera, el vestido, el pantalón. Siento que -casi de manera inconsciente- mi cuerpo se prepara para -sin pensar en quienes son las personas con las que se encontrará-, tener la apertura suficiente que le permita identificar lo que le conecta con esos otros cuerpos, que también son sensibles tanto a la aridez de los desiertos como a la promesa de los oasis.

Cuando llega el día de la sesión, me baño de una respiración entrecortada que se parece a la sensación que augura el inicio de algún viaje y repaso mentalmente lo que debo de llevar:

- Una identificación oficial.
- Algo de indignación.
- Un puñado (grande) de alegría.

Lo tengo claro. Voy con disposición para sorprenderme con lo que encontraré y con lo que contribuiré en generar. Antes de mirarme en el reflejo de los ojos de las personas con las que estaremos, comienzo a saborear ese aliento compartido que sé que buscará aportar a reavivar la capacidad de jugar que, aún en medio de los contextos que parecen empeñarse en apagar la vida, sigue emergiendo, con la potencia de una carcajada, la promesa de un porvenir más alentador.



Las No Rumberas. Intervención artística. La Lleca. La Penitenciaría, Santa Martha Acatitla, Ciudad de México, 2024. Archivo de la Lleca Colectiva

II

Algunas compañeras llegamos puntuales y otras corremos para no retrasar tanto la entrada. Juntas estamos en la primera aduana.

Qué desgaste pedir favores cuando se nos olvida alguna identificación original y qué gracioso se vuelve lo absurdo del acto protocolario de formarse en orden, obedeciendo a una lista de nuestros nombres. Este momento lo vivo como una regresión a los días lunes de escuela en los que había que hacer honores a la bandera. Así son las prisiones desde que Seguridad Ciudadana está a cargo. Me entretengo jugando con las normas que quiere imponer la policía. Mejor reírme, para no cargar con esos actos estorbosos. Algunas amigas, en la fila, juegan un poco conmigo. Nos cobijamos con la Lleca para afrontar la burocracia.

Avanzamos.

Me siento una infiltrada en la cárcel. Me dan ganas de decirles a las autoridades de la prisión y al personal de vigilancia, que la ternura es más provocadora de lo que parece. Sonrío para mis adentros. No están listos para esa conversación.

Algunas policías penitenciarias responden al “buenos días”, otras, enmudecidas y con tedio, se enfocan en sellarnos el brazo derecho, abreviando y volviendo irrelevante cualquier tipo de contacto. De alguna manera, también dejando en claro el poder que ejerce el sistema penitenciario.

La sensación de entrar en los reclusorios es similar a la de caminar con una olla de sopa caliente en el bosque, sabiendo que, luego de pasar varias dificultades, se llegará al sitio en el que se podrá repartir la comida, no sin antes recibir una serie de miradas y de energías que no siempre empatan con las intenciones de quien lleva la sopa. Una vez que esa olla toca el suelo, es decir, cuando la dimensión de afecto y de ternura comienza a surtir efecto, empieza el banquete. También es una sensación parecida a la de entrar a un parque de diversiones o a un aeropuerto.

Aunque conozco de memoria el recorrido hacia adentro, el espacio abierto siempre me sorprende. Son cárceles-ciudades que se empeñan en colocarse un disfraz distinto cada vez. Veo a un grupo de hombres fumando un cigarro de mariguana mientras que avientan la pelota. Me parece idílico, casi sereno. Me confundo. No sé si estoy en una prisión o en una comuna para hombres que reproducen la violencia de un sistema podrido. Veo los alambres de púas para ayudarme a recordar dónde estamos.

Sigo avanzando y recuerdo la sensación tan distinta de la cárcel hace 17 años, ocasión de la que conservo dos memorias imborrables: la primera, las miradas perdidas de un grupo de hombres que, parados detrás de las ventanas, me recordaron a los zombies atrapados de la película de terror “Gente detrás de las paredes”; la segunda, el momento en que mi mejor amiga y yo nos despedimos. En ese momento caí en cuenta de que quienes están en la cárcel se quedan allí, mientras que yo volvía a la vida. Sentí una profunda pena por ellos, pero también mucha paz de no estar más en ese lugar.

Es tan largo el camino para llegar a cualquiera de los reclusorios de la ciudad, que todas pasamos al baño. Tengo mucho cuidado para no rasparme con el óxido de la puerta. Antes, me doy cuenta del caos y del desinterés de la mayoría de autoridades por lo que hacemos, su desconocimiento. Siento enojo y luego recuerdo que ese es el mundo en el que también hay espacios para nutrir resistencias, alentar descansos y prometer futuros distintos.

La encargada de cultura pregunta al personal administrativo si ya han llamado al grupo de la diversidad sexual - comunidad disidente LGBT con la que se acordó intervenir y la miran sorprendidos. No les llamaron. Al enterarse de que queremos trabajar con la disidencia el personal mencionó: “van con los que tienen SIDA”. Respiro profundo para prepararme a seguir jugando el juego de ser una niña desobediente y, al mismo tiempo, una mujer que cuestiona con respeto la falta

de consideración y la mala administración del personal de los reclusorios. Así es como podemos escabullirnos entre las grietas del sistema penitenciario. Estamos al fondo del kilómetro, en la zona escolar, como le llaman. Pasamos por “El Valle de los Mamados” (estoy describiendo por vez primera en lenguaje canero, es decir, el lenguaje de la cárcel). Mientras la banda y la escolta ensayan, nos ven pasar a las 12 que somos, vestidas de rojo, en una especie de “caravana de gitanos”, como nos lo dijo Ernesto, compañere no binarie, quien, sin saberlo, nos llevó a recordar a nuestra compañera gitana que no pudo entrar a la cárcel por haber olvidado su identificación. Pienso que la olvidó a propósito, pero de manera inconsciente. Es contradictorio, lo sé, pero su historia de pesadilla gitana no le permite volver en este momento a sus heridas que aún le acompañan, traspasando su mente-cuerpo.

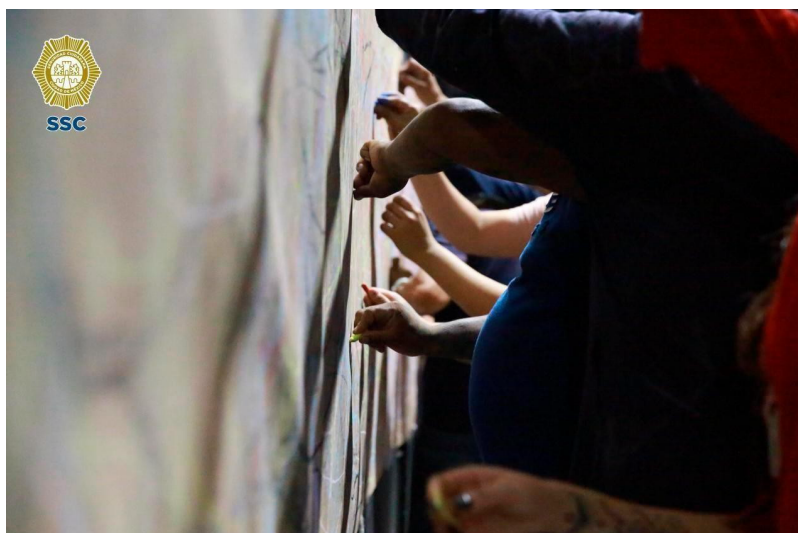
“Buenos días”, “hola”, “adelante”, es lo que nos dicen a nuestro paso. Me sorprende al sentir una suerte de armonía a mi alrededor, lo cual desdibuja por completo la primera impresión que tuve al estar adentro de una cárcel. Hoy todo parece más ordenado. A diferencia de las paredes grises manchadas de mierda, las barracas superpobladas, los trajes naranjas rígidos, los rifles de asalto, la falta de luz solar y los guardias mal encarados de las cárceles y penitenciarías estadounidenses, estoy aquí, sintiendo como si tal vez fuera un buen día para los guardias y para las personas privadas de su libertad.

¿Seré yo la que, desde una profunda alegría, mira un “afuera” al que transformo, ignorando lo terrible del encierro? Me he olvidado que estoy en La Lleca y que el proyecto ha movido cosas en el adentro de las prisiones. Podemos pasar sin tener una revisión exhaustiva porque estamos con La Lleca, es lo que me digo en voz baja. Podemos estar en el salón 13 porque somos de La Lleca, y la piel se me eriza.

Las únicas armas de fuego que noto, parecen reliquias de un pasado remoto, como si no se hubieran disparado en décadas. Cubiertas de polvo. ¿Estarán cargadas?

Subimos las escaleras para entrar al salón que nos han prestado. Siento libertad. ¿En qué momento olvidé que estoy dentro de un reclusorio?

La sensación familiar de ser una extraña me sigue, como si se tratara de un fantasma que nunca me pierde de vista. Dejo que me lleve la corriente y me preparo para cambiarla de la mano de la Lleca. Respiro hondo.



Las No Rumberas. Intervención artística La Lleca. La Penitenciaría, Santa Martha Acatitla, Ciudad de México, 2024. Archivo de La Lleca Colectiva

III

Entramos al salón 13, es un salón casi vacío. Movemos las bancas para dejar espacio suficiente para la intervención. Empiezo a sentir el inicio, como dicen los chicos de cana, siento como si estuviera en la calle, pero estoy en La Lleca. Estamos conectadas con el lugar y sentimos todo lo que está pasando. El ir y venir de afuera del salón trece. La mirada muda de quienes llegan con curiosidad, titubeando con timidez. Comenzamos con dos compañeros. Decido no preocuparme. Llegan más. Somos diez. Mi cuerpo se adelanta a la palabra. Empieza la primera conexión. Les toco, les tomo de la mano o del brazo, nos tocamos los hombros, les miramos, les invitamos a pasar, nos acompañamos. Somos quince. Como siempre, iniciamos "destrabando al cuerpo". La Lleca siempre funciona.

Algunos no pueden mirarme, no se atreven. Otros lo logran hasta la mitad de la sesión. Por supuesto que admiro a quienes conectan desde el principio. Somos veinte.

Es nuestra rebeldía que nos hace semejantes; se ha instalado una ternura particular y un resistir constante, aunque en ocasiones parezca agonizante.

Miro todo a mí alrededor. De un lado veo a la torre de vigilancia número seis y desde el otro lado veo un cerro, que luego un compañero señala como si se tratara de un gran montículo de esperanza que le ayuda a recordar que hay vida afuera de la prisión. Somos veintiuno. ¿O veintidós? Me siento incapaz de continuar contando. Ya no caben más personas en el salón 13.

Iniciamos y noto que no pueden moverse de la cárcel interna patriarcal, la más brutal, que habita a esos "cuerpos castigados", como me dice un amigo que estuvo con ex guerrilleros en Colombia, quien nos acompaña en esta ocasión.

Mi mirada se agita con la profunda ternura del presente. Siento cómo, poco a poco, vamos generando una mini comunidad de singularidades que contribuyen a que el salón en el que estamos sea un espacio seguro y contenido.

Para conectarnos, empezamos con la respiración. Una y otra vez. Siguen entrando más compañeros y repetimos las respiraciones. Noto la dureza en la disposición de algunos cuerpos, su respiración pesada y laboriosa.

Hablo de acuerdos, sin mencionar la palabra acuerdo. Hablo sobre nosotras Las No Rumberas, sobre la atracción, el consentimiento y el afecto.

Sus dedos gruesos y callosos entrelazados entre los míos, me sacan ferozmente de mis propios pensamientos y me llevan al presente. Es imposible divagar. ¿Qué fue lo que hicieron esas manos ásperas? ¿Qué hicieron esos dedos duros? Son preguntas que se van tan rápido como llegan.

Les he pedido a dos compañeras que preparen el cuerpo. Aún no es tiempo para que pasemos al plan previsto, ya que los cuerpos hacen un enorme esfuerzo por moverse, pero se preparan, estamos en eso. Noto cómo las miradas van "acomodándose" para mirarse hacia adentro desde dentro.

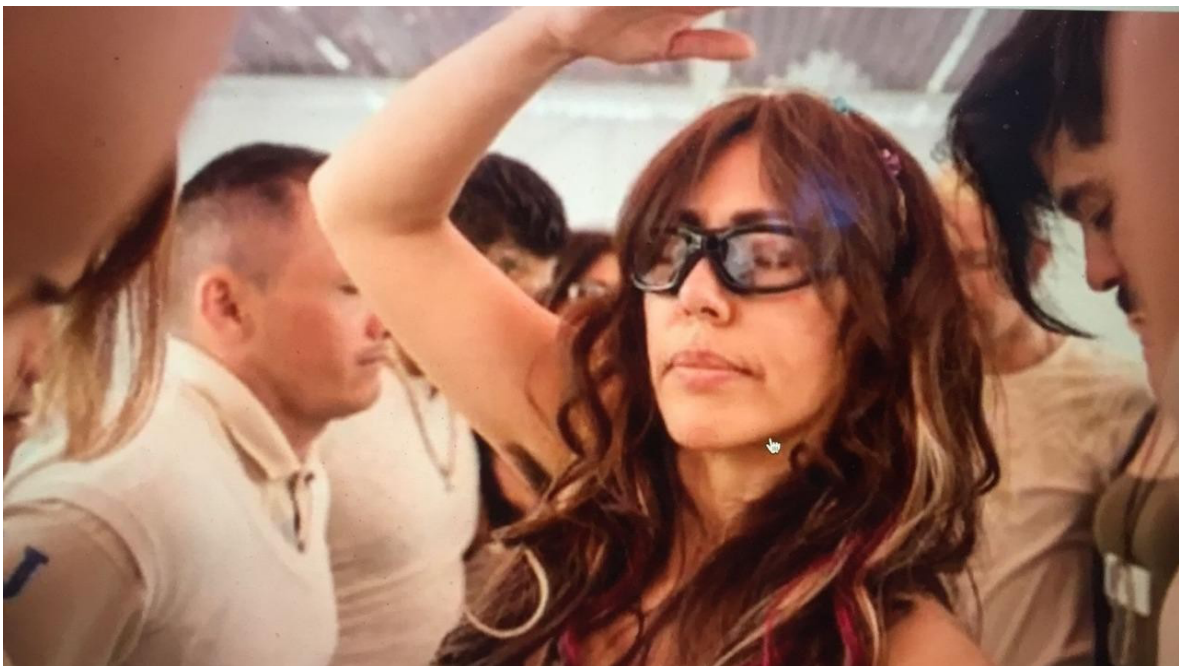
Lo siento suavemente en mi cuerpo. La danza de intercambio de lugares es la elegida. Nos convertimos en niñas bailarines y me agrada mucho cómo lo hacemos. Varias bailarinas, cambiando de lugar. Nos acompaña el tambor ibérico de una compañera. Sentimos una danza sin música para escuchar las respiraciones y para escuchar a los cuerpos que están, poco a poco, despertando. Veo que las miradas y las expresiones se van transformando gracias a la cercanía que se genera al tocarnos. Se ha hecho la conexión con una energía que emerge de la rabia. Nos atrevemos a recordar cómo es sentirnos menos solos.

Saludamos con las pestañas, con los codos, con los antebrazos. Las pestañas están buscando a unas amigas y las encuentran; los codos buscan amigos y ahí están. Entonces, hay que aprovechar.

Es una historia que me he inventado para salvarme del afuera y del adentro, del sistema en el que vivo y de las cárceles sociales y culturales. Imagino que cada parte de nuestros cuerpos tiene una vida propia y que les gusta jugar como a mí.

Miro nerviosamente al hombre que está a mi derecha y le pregunto si puedo acercarme, casi como si le estuviera pidiendo un favor. Sin expresión en su rostro, dice que sí con su cabeza, como si esto fuese algo que hace seguido. Pongo mis manos sobre sus hombros y se encuentra su rostro con el mío. Pienso brevemente que nunca he estado tan cerca ni con mi propia madre. Nunca he sentido su aliento caliente contra mi mejilla -aunque supongo que cuando yo fui un bebé alguna vez me besó, así como ahora yo beso la cara de mi bebé, mientras se duerme-. Todas las personas tenemos una madre. ¿Cuántas habrán acariciado a sus hijos con sus pestañas? ¿Cuántas se habrán dado el tiempo de acariciar los antebrazos de sus bebés?

Dejó de pensar y cuando “vuelvo”, confirmó que ya estamos conectados explorando las texturas de los cuerpos, atravesando los límites de la intimidad, la ternura y el afecto, creando conexiones que son breves pero profundas. Nunca volveremos a ser como antes. En nuestros cuerpos permanecerá el recuerdo de aquel día que parecía un sueño, como me dijo el compañero Alberto que se encuentra preso ese día, en el salón 13.



La No Novia. Lorena Méndez Barrios. Performance. La Lleca. Grupo Disidencias Sexuales. Reclusorio Varonil Norte. Ciudad de México, 2016. Archivo de La Lleca Colectiva

IV

¿Qué sigue? ¿Qué deberíamos hacer? Como en la Lleca nos guiamos por la intuición, que surge desde la temperatura emocional del momento, supe que debía seguir Tronquitos.

Amo hacer Tronquitos con ellos y ellas porque es la manera de sabernos personas que respetamos los cuerpos, que podemos comunicarnos amorosamente sin sexualizar un juego.

El contacto es la coreografía más chula que hacemos.

Somos las primeras bailarinas, mientras nuestro público experto, nos mira y espera su gran turno. Cuando sucede, mis compañeras replican la magia de la coreografía.

Rozar suavemente con las partes del cuerpo, respirar a la par. Danzar encima de otros cuerpos, mientras los que están pegados a la pared, nos sienten, nos huelen, nos piensan.

Estamos todes con los ojos cerrados. Nuestra compañera continúa guiándonos con el tambor, lo hizo desde antes en la primera coreografía que no relaté con mayor precisión y que es muy importante porque es una danza afectiva y sensible, fuerte. Los cuerpos se mueven, se paran, se deslizan, se conmueven.

Ese día inventé esa coreografía, el movimiento sin manos, con los hombros, con el tronco y les resultó encantador. Lo hacían como hojas en otoño cayendo, fluían al ritmo de mi gruesa y emocionada voz. Disfrutaban mucho el movimiento con sus miradas de asombro. Decimos que hay que estirar los dedos, que también hagan baile, y decididos, lo hacen. Me agrada.

Notamos que tanto los que participamos en la coreografía como el público, estamos muy conectados. Movemos al mismo tiempo los dedos, relajamos al cuerpo. El deseo, una comunicación que hemos moldeado desde hace veinte años y una energía particular que surge del vivir creando ante cualquier impedimento por salirse del sistema. Ese sistema que te ahoga, desde un sitio en el que sabemos que podemos darnos permiso de no estar a la defensiva, de tirar el caparazón, de construir una atmósfera que nos regala una sensación de libertad. Olvidamos a la prisión. Respiramos juntas. Nos acostamos en el piso, con la espalda tocando a la tierra que nos recuerda el piso que pisamos. No el del encierro, sino el del nacimiento, el de la vida. Nos tocamos el pecho, las piernas, nos acompañamos para irnos a otros lugares, unos que nos recuerden que la vida sigue siendo posible, más allá de cualquier encierro.



Las No Rumberas. Intervención artística. La Lleca, La Penitenciaría, Santa Martha Acatitla, Ciudad de México, 2024. Archivo de La Lleca Colectiva

V

Recuerdo que hace casi diez años, Julia Eme, mi amiga de Kamba (okupa en Madrid) iniciamos bocetando una performance con línea. Una línea que se continúa con el cuerpo, fue la primera idea. Para mí las líneas pueden salvarnos del hastío y los puntos redondos son señales de que no todo está muerto adentro y afuera.

Seguimos sentadas en el piso, como esculturas, después de la hermosa fuga hacia esos paisajes que imaginamos desde la meditación guiada. Se siente como si estuviéramos despertando, pero sin hacerlo del todo.

Explico la *performance* que sigue y una compañera reparte las herramientas para trazar. Se trata de un ejercicio de dibujo y música. Me encanta trazar con el carbón y miro cómo lo usan, mientras tomo de la mano a dos compañeros, luego a otros dos.

Hago contacto visual con un compañero. Ojos color café claro y playera rota. Luego de un tiempo vuelvo a buscar a ese compañero. Ya no está.

Espero con emoción mi turno, me agrada mucho como están dibujando. Lo hacen con gran sensibilidad y soltura.

No me importa que no hayan ido a registrar en fotografía este encuentro, ya que esta gran obra que hacemos, nos da pistas de lo sucedido.

Cuento de manera rápida el paso a la *performance*, pero fue lenta, dedicada y cuidada.

Miro nuevamente a esos cuerpos que podrían haber sido los de mis tíos que estuvieron presos. Me resulta inevitable ver el rostro de mi padre en cada uno de los compañeros. Deseo regresar el tiempo y que la Lleca llegue a él. Siento una profunda compasión por el hombre de 23 años con una sentencia de 50 años. ¿Y si pudiera tener una formación budista y acompañarse de un viaje interior? ¿Qué pasaría con él? . Si ellos supieran que un enojo o no saber gestionar las emociones, puede arruinar más de una vida dentro del sistema en el que estamos y en las cárceles sociales. Pienso en la persona que fue asesinada. No se lo cuento a la compañera que coordina porque hay un acuerdo de no juzgar a nadie y de no conocer ninguno de los delitos.

La escapada juntos a otro sitio, con nuestros cuerpos respirando junto a los de ellos, fue muy afectuosa. Ya no estábamos en la prisión, sino en otro lugar posible; “un espacio que he estado buscando”, dijo Oscar, mientras sus ojos iluminados me miraban.

Sí, yo también había imaginado un lugar así; “Por eso lo inventamos”, respondí.

Lo hacemos posible a través de una fuerza interior movida por la práctica artística, así como por una práctica profunda con el dibujo y la danza.



Huerto. Intervención artística. La Lleca, Reclusorio Varonil Norte. Ciudad de México, 2019.
Archivo de La Lleca Colectiva

VI

Tengo, y tenemos, a las mejores compañías.

Me convertí en coreógrafa, nos convertimos en bailarinas, cuando nos dimos cuenta de que los fantasmas, al sentirnos, podían ponerse a bailar con nosotras. Entonces, provocamos el encuentro con sus luces interiores.

Durante tres horas no están más en el infierno. Los fantasmas, han pasado a tener luz. Nos sentamos en círculo y hablamos de cómo nos sentimos.

Ernesto dice: “Llevo varios años aquí y no había vivido un momento así”. René, Gilberto, Víctor, Adrián, César, Luis, Josué, Julián, dicen: “Lo voy a grabar en mi memoria”, “cuando hice la visualización, entré al bosque y vi a mi familia”, “me conmueve verles”, “por un rato me olvidé que estaba aquí adentro”, “me sentí muy a gusto practicar el respeto y los ejercicios”, “son un oasis”, “gracias por hacernos sentir bonito”, “todos tenemos necesidad de todos”. Nos levantamos para abrazarnos. Con cada abrazo, el cuerpo se siente más libre. Somos infancias, hemos quitado las caras duras.

Aprendemos a volver a confiar en los cuerpos. A convertirnos en lugares seguros. A confundirnos con el adentro y el afuera.

Lloro al ver tantos rostros y al reconocirme en cada uno de ellos.

Sus cuerpos están en un paraíso que no está perdido. No lo saben, nutren el sentido de mi vida.

Es La Lleca.



La Lleca. Intervención artística. Reclusorio de mujeres (Tepepan). Ciudad de México, 2011.
Archivo de La Lleca Colectiva

VII

Notas últimas:

Guardo las palabras que al oído logran decirme mientras nos abrazamos para despedirnos y para volvernos a saludar.

Suspiro al saber que las miradas no están perdidas.

Los siempre, los adioses y los entrañables se quedan. Nos quedamos con ellos y ellos se quedan con nosotras.

Al salir, siento una tremenda energía en todo el cuerpo. Ganas de seguir la danza, celebrando, desbordada de vida.

Llega el día siguiente y me despierto con un cansancio enorme. Me quedo en casa. Pienso en ellos. Siento enojo. Me duele el estómago.

Recuerdo que estoy pasando por un duelo personal. ¿O debería relatarlo más como otro cambio en la vida? Lo pregunto por aquello de evitar poner énfasis en el relato de lo que se tiene y lo que se pierde. Resulta menos doloroso cuando se mira la vida como un continuo de transformaciones.

Me doy un baño de rosas.

Me siento a escribir para evitar olvidar lo que sucede cuando logramos construir un oasis en medio del desierto que es la prisión.

Aprieto los ojos y me imagino a los compañeros encerrados, pensando en nuestro encuentro. Sonrío. Ahora me duele menos pensar en ellos. Me ilusiona el siguiente encuentro. La luna está casi llena. Deseo que también la puedan ver.

Sigo digiriendo este texto. Beso a mi bebé. Una neurosis se pone en marcha. Toqué los ojos de un extraño con mis propios ojos. Un extraño en la cárcel. Voy a tocar los ojos de mi bebé ahora, no debo tener ningún juicio, tampoco temor, es un aprendizaje lleca.

Las compañeras hoy empezaron la siguiente “gestión penitenciaria”. A este ritmo también le llamamos “hacer Lleca”.

Pienso que sentir sus cuerpos, acercarme a ellos también me ayuda a recordar mi propia humanidad. Mientras frotaba mis manos, brazos, cejas, pecho, sentí que lo hacía para que de manera profunda puedan sentir. Imaginé que recordarían este momento a punto de hacer daño a alguna mujer. Me di cuenta que yo necesitaba tocarles, desde una particular ternura y recordarles a mis compañeras que es un ejercicio continuo para no endurecerse, para ser libre, aunque ellos no lo estén. Es el trazo del carbón, el deslizamiento del crayón de cera, el aroma de la tiza gruesa y la línea que amo seguir por nuestros cuerpos, que pueda continuar por nuestras mentes. Reconozco que necesitaba volver a encontrarme con ellos, tanto como ellos ahora necesitan de nosotras.

Bibliografía

Méndez L. y Fuentes F. (2008) *La Lleca. Cómo hacemos lo que hacemos*. México: CONACULTA. FONCA, Fundación Jumex.

Méndez, L., (2021). *Puente. La Lleca. El cuerpo como espacio de construcción reflexiva y gozo*. Ciudad de México: Gandhi Noyola Velázquez.